Tus enseñanzas, tu ejemplo, tus palabras y tus obras, quedan entre nosotros y seguiremos sembrando y cultivando para que los que vengan detrás de nosotros recojan y siembren y así hasta la consumación de los siglos, porque nadie puede matar las ideas.

Divino sembrador de ideas, aquí estamos, como cuando en la Escuela Normal estuvimos a tu lado al ser destituido por el delito de ser leal al gobierno legalmente constituido.

Cuando la calumnia hincó su garra sobre tu carne de lirio, estuvimos a tu lado. Cuando España te recibió como madre amorosa y te honró, estuvimos a tu lado. Y ahora, como ayer, te decimos una vez más: Maestro no sembraste en terreno estéril, no luchaste en vano, ni has muerto. Ahora, comienzas a vivir. Ahora los que te atacaron se silencian y descubren ante ti respetuosamente. Ahora los niños de la Escuela que lleva tu nombre comienzan a estudiar tu vida y tus obras.

Mañana, en todas las escuelas de Costa Rica se pronunciará tu nombre con santa unción, se elevará una plegaria y puesta en tierra la rodilla, se pedirá por el descanso de tu alma.

Maestro, yo no te dejaré descansar, yo te pediré que me ayudes a luchar contra las dictaduras de izquierda y de derecha, que hagas que me mantenga en posición erecta y firme en mis convicciones.

Ilumina mi camino, no me desampares, guíame y no descanses. Tu norma fué la lucha por la libertad de conciencia, por la igualdad de derechos y la justicia social. Estamos en la arena. Necesitamos tu apoyo y tu luz. En América hay mucho que hacer. No descanses, maestro, hasta que no haya caído la última de las dictaduras de este continente que tanto amaste.

Corina RODRIGUEZ LOPEZ

Dentro de la madeja de afanes y de amargas inquietudes en que vengo desenvolviendo mi vida —ya tan desdibujada!— no fué sino hace unas dos o tres horas que me enteré de la muerte de mi querido amigo Don Joaquín García Monge. Lo explico así para que se excuse que no traiga frente a su féretro, no unas palabras más o menos sonoras —porque esas realmente nunca me han preocupado y hasta podría decir que me sobran— sino unas ideas un tanto mediatadas como las merece, sobradamente, este gran señor y querido amigo que vivió por ellas y para ellas y a quien venimos a devolver al seno de la tierra que él tanto amara, defendiera y prestigiara; y hasta para que las gentes devotas del protocolo social —que yo desconozco tan profundamente— no me censuren mi traje claro y hasta mi corbata pintoresca.

Acabo de decir que Joaquín García Monge fué un querido amigo mío, y ello es exacto. Comencé a sentir estimación por él desde que tuve el privilegio de ser su alumno de Castellano y de Psicología en aquel Liceo de Costa Rica de Salinas —ay! tan distante de éste—allá en los primeros años del siglo; y comencé a estimarlo porque en mi intuición de niño comprendí que aquel no era un Profesor corriente: es verdad que lo ungió Pedagogo el Instituto Pedagógico de Chile, pero este Instituto no hizo más que robustecer las alas de una vocación de educador, de maravilloso promotor de cultura de que vino dotado al mundo en su hogar campesino. Y esa amistad se afianzó cuando, años más tarde, empecé a sentir su ayuda y su estímulo —que era otra de sus modalidades— en mis tareas de intelectual como Profesor, como orador, como periodista, como escritor.

Lamento que se le haya traído al Cementerio tan de prisa: si hubiera habido posibilidad de realizar esta inhumación veinticuatro horas después, al lado de su ataúd, se habrían contado muchos, pero muchos miles de personas que habrían venido a despedir al costarricense —por excelencia y casi por antonomasia— humilde, afable, cariñoso, bueno, tolerante, comprensivo y generoso, el tipo del tico que hemos añorado en las horas cruelmente sombrías que hemos vivido hace poco y que infortunadamente pueden retornar.

Los que hemos tenido la oportunidad de trasponer nuestras fronteras hemos de recordar que por allá, a cuatro o cinco mil kilómetros de esta Necrópolis, muy pocos, por no decir que nadie, nos preguntaron por los renombrados santos laicos de nuestro calendario cívico; la pregunta que escuchamos, lo mismo en Méjico que en los países de nuestra querida hermana Centroamérica; en La Habana como en Bogotá y en Lima; en La Paz como en Buenos Aires y en Santiago, fué la de: Cómo está García Monge? y qué hay del *Repertorio Americano?*

El querido amigo García Monge hizo por Costa Rica y por su eficaz y limpio conocimiento en el mundo lo que no realizó jamás— y la afirmación lleva tono categórico—ningún otro compatriota.

Y toda esa labor: Profesor, editor a través de más de media centuria, Director de la Biblioteca Nacional, Ministro de Educación, conferencista, conductor de juventudes, fué llevada a cabo con una humildad, una generosidad y una perseverancia que fueron el sello y la característica de su noble y luminosa vida. Tenemos —ya siquiera!— algo que agradecerle a esta Asamblea Legislativa: el Benemeritazgo que le otorgara un día de estos al maestro de América; sólo que las multitudes y las colectividades son profundamente malagradecidas —y la Asamblea es apenas representativa de esa multitud o de esa colectividad— pues cuando resuelven realizar un homenaje como el a que acabo de referirme, pareciera que desean anunciarlo con tonos de campana funeral y lo rinden, en la mayoría de las ocasiones, sobre la propia almohada de un moribundo que ni puede darse ya cuenta del honor que le ha sido conferido.

Sentimos, ahora que venimos a despedir en su viaje sin retorno y a dejarlo durmiendo su sueño sin vigilias al amigo respetado y querido, que se va un Alfonso Reyes o un Antonio Caso o un José Vasconcelos de Méjico; o un José Martí o un Enrique José Varona de Cuba; o un José Ceciilo del Valle o un Alberto Masferrer de Centroamérica; o un Rufino José Cuervo o un Baldomero Sanín Cano de Colombia; o un Andrés Bello o un Rufino Blanco Fombona de Venezuela; o un José Enrique Rodó o un Rafael Barret de Uruguay; o un Ricardo Rojas o un Leopoldo Lugones de Argentina.

Nos vamos quedando solos: los buenos; los útiles, los generosos se van. Quién orientará por los mares de Corinto de la espiritualidad y de la entereza moral ese bajel espléndido que es «*Repertorio Americano*»?. Los buenos, los útiles, los generosos se van. Dónde están los sustitutos? Yo, el más optimista de los optimistas —como lo era el Maestro García Monge— no veo claro adónde iremos a parar por el camino en sombras que tenemos al frente.

Hagamos, como el mejor elogio y la mayor demostración de cariño a este gran costarricense que venimos a despedir, un voto que salga de lo más hondo y lo más entrañable de nuestras almas: el de que nos empeñaremos en seguir la ruta —que era la de un fulgente sol— de Joaquín García Monge. No es tan simple como pudiera parecer su cumplimiento: sólo podemos formularlo y cumplirlo aquellos a quienes no nos tiente la fiebre del oro y pensemos que la mayor gloria, y podríamos decir que la mayor riqueza, es luchar sin descanso y sin tregua por la cultura, por la libertad, por la justicia y por el bien, que fueron las normas de su vida.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "